

LABORATORIO VIVO, modelo agroecológico ambiental para replicar



El barrio Las Independencias es uno de los veinte que componen la Comuna 13 de Medellín, barrios que los fueron formando en las laderas del occidente de la ciudad familias que en su mayoría huían de la violencia y la falta de oportunidades en las zonas rurales, no solo de Antioquia, también de otras zonas del país, asentamientos que fueron creciendo de manera desordenada y con condiciones precarias. A comienzos del siglo, el barrio y la comuna fueron escenario de la disputa territorial de actores violentos y de la más temible operación militar urbana de nuestra historia: Orión.

Sin ataduras con el pasado

Con la convicción de que el pasado no nos define, sino que debemos gestionar el futuro, las organizaciones sociales de la Comuna emprendieron un trabajo cultural, asociativo, comunitario que obligó a la ciudad a mirar hacia allí. Así, como parte de la transformación urbana de Medellín se construyeron las escaleras eléctricas, que además de facilitar la movilidad en el sector, se convirtieron en eje impulsor del turismo local, y se han promovido diferentes iniciativas para mejorar las condiciones de vida de quienes habitan el lugar.

Algunos líderes de la Fundación Comuna Project buscaron a la Universidad de Medellín con la idea de conocer y replicar el modelo de Campus Vivo, que se gestó dentro de la institución por iniciativa de la profesora Dora Luz Delgado Gómez, pero con sentido de laboratorio, de centro de experimentación y aprendizaje continuo. Fue así como comenzó un trabajo conjunto de diálogo de saberes y de compartir experiencias que llevó al montaje y operación de una ecohuerta que genera y ha motivado la apropiación de técnicas de manejo de residuos por parte de la comunidad. Aprendizajes construidos de manera colectiva porque, como dice la profesora, “No es lo que nosotros queramos llevarle a la comunidad, es escuchar e identificar lo que necesitan y quieren; nosotros también aprendemos”.

Campus vivo, más que una marca

En la universidad es común hablar del Campus Vivo, pero lo que no todo el mundo tiene en claro es que surgió en un aula de clase de los estudiantes de Ingeniería Ambiental en un curso dirigido por la profesora Dora Luz Delgado. Fue ella quien retó a los alumnos a pensar: “¿Cómo nuestro campus le puede contribuir a la sostenibilidad del territorio?”. Un proyecto de aula que motivó una serie de reflexiones sobre las potencialidades de un campus con un área natural llena de potencialidades que alberga una gran biodiversidad y que puede ayudar a desarrollar estrategias de adaptación al cambio climático, de restauración, de ecosistemas, de gestión de residuos y de producción de alimentos.

De ese proceso académico, de aula, surge la idea de implementar una huerta agroecológica. Esa fue la semilla, pero no era suficiente. La profesora empezó a gestionar apoyos y fue sumando voluntades desde la Facultad de Ingenierías hasta la rectoría, para fortalecer la huerta, lo que además llevó a un proceso de conocimiento y apropiación de las 36 hectáreas del campus y a buscar estrategias más sostenibles para habitarlo mejor. Implica un sistema más eficiente de manejo del agua,



un sistema de aprovechamiento de residuos para la producción de abono agroecológico y una estrategia de restauración ecológica y de regeneración de un área boscosa que tenemos en la universidad. La cosecha, podemos decir, es el sistema de gestión de la sostenibilidad, campus vivo, que se convirtió en marca de la universidad y que involucra a diversas dependencias y procesos.

El resultado de una suma de voluntades y de la inspiración de una profesora dentro y fuera de las aulas, un sueño al que muchos –directivos, profesores y estudiantes– se fueron sumando. Ya no era uno, eran muchos proyectos de aula. Comenta Jorge Luis Gallego Zapata, discípulo de Dora Luz y actualmente profesor y coinvestigador con ella: “Empezaron a involucrarse en otros temas, en gestión de residuos, en la biodiversidad, en la creación de estrategias que sirvan para los procesos de enseñanza, pero que a su vez le dejen al campus un producto o un proceso que la universidad pueda utilizar, pueda aplicar o que sea un proceso de transferencia. Además de generarse una estrategia de sostenibilidad para el campus, también se convirtió en una estrategia de proyección y apropiación social del conocimiento”.

Del aula a la ciudad y la región

En la medida en que se va consolidando el proceso, la universidad se convierte en referente y empieza a recibir visitas de las autoridades ambientales y de otras instancias municipales y regionales, así como de otras universidades, de colegios y organizaciones sociales interesadas en conocer la experiencia.



Un proceso que aprovecha la ubicación de la universidad en el límite urbano de la ciudad y cuya mayor parte de extensión está constituida por una zona boscosa y espacio para la recreación pasiva, pero también para el aprendizaje agroforestal y ambiental. “Esa es una de nuestras reflexiones: ¿qué pasa entre lo urbano y lo rural y cómo esos territorios tienen oportunidad de hacer una transición a la sostenibilidad? Para nosotros es una oportunidad de utilizar este campus como un modelo que sea replicable en otras zonas de la ciudad o del país”, dice el profesor Gallego.

El profesor hace hincapié en que “los problemas ambientales son problemas sociales, políticos, económicos con raíces en diferentes componentes de la dinámica social de los territorios, y se derivan de procesos antrópicos”, por eso valora la formación interdisciplinaria y el hecho de que el proyecto sea inspirado por la profesora Dora Luz, una socióloga.

Modelo de transferencia, no fórmula para calcar

El laboratorio vivo llegó a oídos de la ONG Comuna Project, que tenía el interés de promover iniciativas para recuperar espacios dentro del barrio La Independencia 2, que por su diseño urbanístico estaban destinados a ser jardinerías, pero que querían volver los espacios más funcionales, que se pudieran cultivar, que no fueran solo ornamentales para goce de los turistas, sino algo aprovechable.

Así comenzó un proceso de transferencia que implicó visitas, recorridos, talleres, intercambios, aprendizaje mutuo, definición de qué querían y podían sembrar, aprovechando el origen campesino de muchos de los habitantes del barrio o sus ancestros. “Estaban interesados en plantas medicinales y en hortalizas que pudieran distribuir para algunos restaurantes de la zona”, dice el pro-

esor Gallego y explica que el proceso de transferencia reconoció primero las potencialidades del territorio, porque no es una fórmula que se traslada de un lugar a otro, es un modelo que parte de conocer las particularidades de cada zona para adaptarlo de la manera más consistente, “que a partir de nuestra experiencia ellos puedan crear su propio proceso”.

El modelo parte de la idea de que pueda perdurar en los lugares en los que se replique sin que dependa de la presencia permanente de la universidad. Que las comunidades realmente se apropien de él. “No es tener una solución prediseñada, sino entregarles a las comunidades una herramienta para que ellas mismas construyan su solución”, explica Gallego. Un proceso en el que la universidad acompaña a sembrar, así no esté cuando se vaya a cosechar, porque “lo replicable del modelo no es lo que se siembra, sino el proceso”. ○

Un proceso que promueve la sostenibilidad local, la seguridad alimentaria, el aprovechamiento de recursos y que fortalece el tejido social; que tiene todavía mucha investigación y muchas reflexiones por delante. Es un laboratorio vivo, en evolución permanente, al que se suman cada vez más actores y más voluntades.



Origen:	Proyecto de aula y Proyecto institucional
Investigadores UdeMedellín:	Dora Luz Delgado Gómez, Johana Patricia Ramírez Olier, Jorge Luis Gallego Zapata
Entidades participantes:	Fundación Comuna Project
Estado:	Terminado